



DIVINO ALOYSIUS,
FLOR DEL MUNDO

Juan Montesinos Ortuño

DIVINO ALOYSIUS,
FLOR DEL MUNDO



Primera edición: marzo de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Montesinos Ortuño

ISBN: 978-84-18250-46-0

ISBN digital: 978-84-18250-47-7

Depósito legal: M-9387-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

CAPÍTULO 1

EL AIRE JUNTO A TI

Viernes, 25 de mayo de 2012

Ayer di con el título del libro y, de paso, también con el autor. Ya puedo empezar a escribir.

El libro empieza por el principio y termina por el final, lo cual es verdad y es ficción. Asimismo, hay de qué hablar y hay quien habla. Se dan todos los elementos para que haya mundo.

El otro día, hace unos días, tuve una revelación en sueños. Me desperté con la respuesta a la pregunta con la que me dormí. Traté de retenerla en los labios y lo que quedó fue más o menos esto: la realidad es pensamiento, el pensamiento es vibración. También podría decirse: la realidad es vibración, la vibración es pensamiento. Después, soñé que atravesaba una puerta.

Falta algo por contar, pero no me acuerdo.

Sábado, 26 de mayo de 2012

Esta noche han entrado a robar en un banco que hay debajo de mi casa, casi debajo.

Oí las tapas de las bocas de alcantarillado y, sin despegar apenas los ojos, me asomé a las seis y diez de la mañana a uno y otro lado de la calle, para ver si los veía por la ventana.

No avisé a la policía, para qué. Me volví a acostar.
Ahora entiendo por qué he pasado la noche soñando contigo.

Domingo, 27 de mayo, de madrugada

Hace tiempo, mucho tiempo (aclaro esto para que conste que el delito ha prescrito), oí de noche, a lo lejos, los frenos y el derrape de un coche que, a continuación, caía a una acequia.

Sabía que a la mañana siguiente oiría a los bomberos rescatar los cuerpos sin vida de los ocupantes del vehículo en el fondo de la acequia.

Aquella noche dormí profundamente.

Martes, 29 de mayo

Un actor puede recitar con interés una página de la guía de teléfonos. Un biólogo encuentra vida bajo las arenas reseca del desierto. Un escritor debe poder hallar materia literaria en la lista de la compra.

Sean, por ejemplo, las palabras *zeshmir* y *cutilinga*. Supongamos que la primera designa en ruso un guiso de carne con salsa amarga de té y arándanos y que la segunda es el nombre de un lugar a orillas del lago Tanganica, que en *swahili* significa ‘ocaso’. Asistiremos entonces a la agonía de un hombre, lejos de su país, que al borde del lago, y antes de adentrarse en sus aguas, devora su última cena mientras despunta el ocaso.

Miércoles, 30 de mayo

«Clásico es lo que, sin ser necesario, queda en la memoria con la complicidad de la conciencia, y de ese modo se vuelve necesario».

Si dijera que la cita está sacada de los *Estudios verticales* de Ángel Wielock, Universidad de Salamanca, 1989, ¿me creería alguien?

Viernes, 1 de junio

—¡Bizum adem gueldi! (¡Nuestro hombre ha llegado!) escribí en otro tiempo, cuando hacía la travesía del Sinaí y alguien, el guía, daba palmadas ese día viernes, 9 de marzo de 1894, al otro lado de la lona de mi tienda, justo junto a mi cabeza, antes de amanecer, para despertarme como de costumbre.

Quizá no me desperté del todo y en vez de entender la frase en turco entendí «Gizon eden geldí» (hombre capaz, o cabal, y tranquilo) en vasco. Sin duda, nuestro mensajero lo era.

Si parafraseo un párrafo escrito en primera persona, soy el otro por el tiempo que dure la paráfrasis. No así si lo cito. *Aquí y ahora*, sabido es, son categorías universales. Por eso designan lo particular.

Domingo, 3 de junio

¿Qué se puede esperar de un domingo por la tarde?

El tiempo es una metáfora del espacio. Si doy un paso largo, el tiempo se acorta. Si doy un paso corto, el tiempo se alarga. Si me paro, se detiene.

Cuando era adolescente escribía cosas de este tenor:

Vivíamos dentro de una redoma verde con una etiqueta que ponía «Primavera». Había sillones de mimbre esparcidos por la hierba a la sombra de los árboles. Para amarnos juntábamos las manos debajo del agua. Después se inventó el tiempo y todos se fueron o desaparecieron. El relato terminaba: «Yo no sé cómo me he quedado tan sola».

Había también una casa hueca con sus cuatro paredes en pie y una escalera por dentro que subía a la azotea en forma de templete en una esquina. «Me he sentado en el puente a esperar a que vuelvan».

Nos amábamos por los rincones entre escombros, con ternura desmedida, sin atrevernos a mirar por la ventana, por miedo a descubrir que fuéramos una fotografía tomada hace tiempo. «Y mientras espero, escribo».

Les dimanches l'enfant s'ennuie.

Los domingos los niños se aburren, y esta vida para mí ha sido un largo domingo por la tarde.

Viernes, 8 de junio, de madrugada

Cuco del rey, rabo de fierro, ¿cuánto tiempo me queda para mi entierro?

Lo que me asusta de la muerte no es lo que haya o deje de haber detrás del velo. Eso no me preocupa. Lo que me asusta de la locura es el manicomio. Así, lo que temo de la muerte es la conciencia de la muerte. De pequeño, eso significaba saberse enterrado. De adulto, se refiere al momento último de la vida, al instante supremo y definitivo, permítaseme la expresión, en que uno se juzga y no se perdona.

Auek dira esan-mesanak ez pagatzeko mezak.

En efecto, esto es hablar por hablar para no pagar las misas. También de pequeño pensaba que los ricos dormían derechos en sus camas y me alegraba de ser pobre para dormir como quisiera.

Sábado, 9 de junio

Vivo en la calle de la alegría (seguramente acudiré a esta imagen en más de una ocasión). Mi casa está llena de luz (y a esta otra).

La realidad es múltiple y compleja, hecha de mundos que ocurren a la vez, todos reales y actuales. Para pasar de uno a otro solo tengo que girar el dial de la conciencia.

Sébase, pues, por qué digo que vivo en la calle de la alegría y por qué mi casa está llena de luz.

Esta noche he ido a buscarte al lugar donde habitas. Te he cogido de la mano como Orfeo a Eurídice y juro que no te soltaré hasta que vengas a vivir conmigo en esta casa llena de luz.

Domingo, 10 de junio

«En el perfecto aire de la noche».

No consigo saber si he leído esta frase en alguna parte.

Nos conocimos cuando yo era un niño en los brazos de su madre y tú Héctor, de casco tremolante, antes del combate.

El mundo es un lugar peligroso, no se puede vivir sin protección.

Sea Τωμαίρις ο Tomairys. ¿Es ese tu nombre esta noche?

Jueves, 14 de junio

Canción naïf

Mi amado se llama (aquí un nombre), tiene 35 años y es guardia civil.

O bien, se llama (mismo nombre que antes), es piloto y conduce un Mini descapotable.

En un caso, el primero, lleva barba y tiene el pelo castaño. En el segundo, solo cuando no se afeita, y el pelo siempre negro.

Mi amado, los dos son morenos, vive en el 115 de la calle de aquí al lado. El otro día fue a recoger a su novia (casi todos los días lo hace).

Mi amado es fresco y colorado, se distingue entre millares. Lleva camisa blanca y vive en el 115 de la calle de aquí al lado.

Aviso al desorientado lector

Lunes, 18 de junio

Cuando tenía 17 o 18 años, y quizá también después, solía inducirme estados de embriaguez, borracheras de aire lo llamaba, voluntariamente entregado a la seducción de una palabra, real o inventada.

Así, vine a conocer personas y personajes que yo creía imaginarios y que con el tiempo he ido descubriendo que no lo eran.

Es el caso, entre otros, de Creusa y Prunia. Por desgracia, y por pereza, adopté la costumbre de no tomar notas. La memoria es olvidadiza y a estas alturas poco puedo decir de ellas.

Martes, 19 de junio

Sus nombres en cifra son esos, cereza y ciruela. El mundo las conoce hoy por María Creuza y María Bethânia.

Una tarde del incipiente invierno, a los cuarenta y tantos años, me quedé adormilado después de comer, escuchando a Cesária Évora en un rincón soleado de casa.

A esa hora, pues, en la duermevela, noté que la sábana que colgaba de un caballete al otro extremo del apartamento tomaba vida y forma. Vi cómo el lienzo se convertía en vestido, un vestido blanco sobre el cuerpo de una mujer que me miraba serena y cálida, distante, fijamente, hasta que no pude despegar mis ojos de los suyos.

Miércoles, 20 de junio

Me di cuenta de que no soñaba y tuve miedo. Forcejeé para despertarme, pero su mirada podía más que mi voluntad. Cuando conseguí rescatarme de la visión (la cinta de Cesária había acabado), supe que era Creusa.

Días o semanas después, una tarde de enero, conocí a Aloysius de pie junto a la ventana, en traje de cadete, entre el sofá y la tabla de planchar, ausente, atento.

Sepa, en fin, el infame lector, infame porque no tiene nombre ni renombre, que Piero Lotti es el autor de este libro y Aloysius, su protagonista. Yo no soy nadie.

Sábado, 23 de junio, a las seis de la mañana

Cuando amaba a Manuel, todavía lo amo, pensé escribir una novela que llevaría por título *El Inquisidor* y cuyo objeto sería desentrañar su naturaleza insondable.

Cuando dejé de amarlo, nunca he dejado de hacerlo, pero entonces nos separamos, no hubo lugar.

Pensé también escribir una obra menor en la que, a propósito de las fórmulas de casamiento en altonavarro medieval, diera razón de su entereza y gallardía. En ese libro se llamaría Olaso, y de él se predicarían principalmente dos nociones: *Olaso da ene egoteko aulkia* y *Olaso, gitxi ilaso*, a saber, mi asiento, mi residencia, mi silla de ceremonia y que haber hay pocos como tú.

Sábado, 23 de junio

Así como *El Inquisidor* había de ser la crónica en inmediato presente, todo presente es histórico, de mis amores con Manuel, de dulce nombre, este, lector, que tienes en tus manos, será el inventario cabal de lo que siento, vivo y pienso por Aloysius, no yo, que soy poca cosa y de hablar no hablo por migo, sino Lotti, que no me dejará mentir, que no me hace falta salir un metro fuera *é la casa pa ver lo que aquí nos pasa y el dolor que es el vivir.*

Domingo, 24 de junio, noche de San Juan

El otro día vino a verme. No lo esperaba después de dos o tres años. Llamó al portal, y en el rellano me disputé entre la duda y la esperanza. Se diría que a él no le importaba.

Se entretuvo poco, receloso, sin atreverse a confiar, queriendo confiar, nervioso y seguro.

Reconocí su cuerpo con la mirada, despacio. No había cambiado. Se fue precipitado y alegre.

Cuento esto con días de retraso. Me hubiera echado a la calle para buscarlo. Perdí la vergüenza y la cordura, y yo mismo me creí la excusa que puse para que volviera. Iba y venía de la ventana, me sentaba y me volvía a levantar, de ese modo incrementaba la espera. Le molestó que le hiciera venir para nada.

Escribo con retraso, y es que no encontraba el momento de contarlo.

Lunes, 25 de junio, de nuevo de madrugada

¿Quién es Piero Lotti? Lo conocí como a tantos en tardes de aburrimiento. Es un hombre joven, lo era entonces, bien dotado, esbelto y culto, lo que yo no soy, elegante y de buena posición, militar, diplomático o eclesiástico, no acerté a averiguarlo, como tampoco su relación con Aloysius, sirviente, amante, acaso hermano menor.

¿Quién soy yo? Tengo 27 años, hace 27 que tengo 27. Soy el que quiso a Manuel y luego se murió y no pudo escribir *El Inquisidor* y a fuerza de morirse se olvidó de su nombre, de su edad y de todo, de casi todo.

Martes, 26 de junio

Tus pestañas son largos lagartos cadavéricos. Tus ojos se asoman al Pacífico sur.

He aquí dos proposiciones que esta tarde me hacen extremadamente feliz. Veamos por qué.

Te he llamado por tu nombre, te he saludado y te he esperado para subir contigo las escaleras. Me has preguntado si empezaba o terminaba mi jornada. Te he preguntado por tu tío, siempre de vacaciones. Me has deseado una buena tarde.

He aspirado el aire junto a ti, que con el agua y el pan son las tres cosas que un hombre necesita para vivir.

Me he asomado a tus ojos negros, que brillaban como la luna llena sobre el mar. Tus ojos son canoas en la noche y tus pestañas los remos.

CAPÍTULO 2

MI CUERPO, MI CARNE, MI SANGRE

1. Divino Aloysius, flor del mundo, bendito seas por amarme y haber entrado en mi vida para quedarte.

Dilectus meus mihi et ego dilecto meo. Toma posesión de mí, de mi mente y de mi cuerpo. Derriba la puerta como yo derribo la tuya y tomo posesión de ti.

Vuelvo a tener la edad que tuve cuando me vi en una encrucijada. Vuelvo a coger el camino que entonces no cogí. Vuelvo, pues, a vivir la vida que no viví.

Escribo en tiempo presente. Me amas, pero todavía no lo sabes. No lo sabes y me amas. He aquí que espero a que lo sepas. Yo ya te amo, eso ya lo sabes. Así pues, espero a que me ames antes de que me ames, cuando ya me amas.

Divino Aloysius, flor del mundo, he nacido para amarte. Bendito seas por amarme.

2. —Quédate esta noche —me pediste desnudo de cintura para arriba, boca abajo en la cama, la cara contra la almohada, mientras te duraba el dolor de tu contractura crónica de trapecio y te masajaba la base del cuello, sentado en un lado de la cama—. No haremos el amor, solo quiero que te quedes y te acuestes conmigo.

Venías por el pasillo, conduciendo un preso con otros guardias. —Te veo luego —dijiste de pasada, y pronunciaste mi nombre. El preso se resistía. Entendí que nos veríamos a la tarde en el gimnasio.

Íbamos en la cabina del furgón, tú al volante, yo de acompañante. Como quien recurre a su último argumento, me agarro la manga de la camisa y se la enseño. —Mira, soy tu igual —le grito. Mantiene silencio, la mirada al frente, tenso.

—Tengo 52 años, creo que tengo derecho a saber quién es mi padre —le suplicaba llorando a mi madre, moribunda en una cama de hospital. Apartó la mirada con un gesto de desdén y cansancio. —¿Seguís juntos? —le pregunté resignado. —El verano pasado nos separamos y nos denunciarnos. Ahora está en Cádiz, en un curso.

Eres el novio que hubiera podido presentar a mi madre, el que ella hubiera querido para mí, el que hubiera aprobado. Vale decir necesito que mi madre me perdone por haber nacido varón.

3. Las negaciones de Pedro

Me acerqué y te hiciste el reacio. Si yo no te tiendo la mano, por tu gusto nunca me la hubieras dado.

Te pedí cinco minutos para hablar, luego, cuando pudieras. —¡Uy, con lo liado que estoy!

Te anuncié el regalo que llevaba trayéndote durante una semana por si te veía, una obrilla que escribí el año pasado. —No puedo aceptarte nada más, he llegado al límite—. Y me pusiste la mano en el hombro, como don Quijote a Sancho cuando le instruía sobre el gobierno de su inminente Barataria, o Hércules sujetando con sus manos al león antes de desquijarlo.

Te propuse que nos viéramos un día para comer o cenar, y amasaste un popurrí de excusas.

Sentado en un banco del vestuario, esperaba el momento de que aparecieras. —Estás impaciente por dármelo—. Insinuaste un «no quiero nada tuyo» con: —Me lo prestas y luego te lo devuelvo—, y volviste a los remilgos cuando viste que con mi libro iba también el de Cela, que le servía de modelo. Un tono íntimo e imperativo fue suficiente para reintegrarte a tu natural noble e inteligente. Así no se habla a un extraño, así no se comporta un extraño.

Me ordenaste que lo dejara en tu bolsa, te lo di en la mano para que tú lo pusieras. Después, en tono normal, hablamos de cosas normales, tal como yo lo había previsto en mi imaginación. Como no sabía si te vería a la vuelta de la ducha, me despedí de ti. Me diste las gracias y pronunciaste mi nombre. Yo correspondí: —De nada—, y te di la mano.

4. El tiempo, ya se sabe, no existe. No es sino una manera de percibir en desglose lo que se da en un instante, desde siempre y para siempre. De ahí que podamos crear el futuro, por la misma razón que podemos cambiar el pasado.

La negación y el perdón constituyen formas mágicas de supresión y transformación de la realidad.

Así, por ejemplo: —Quiero disculparme por la última vez. Te hice sentir incómodo. —Ah, no pasa nada. Pero que no se vuelva a repetir. —Lo siento mucho.

Queda por decir que se me enganchó un pie en el pedal de la bicicleta (—Rápido, que tengo prisa. Acaban de llamarme.), que tus palabras me supieron a bendición sobre los campos y que, cuando nos dimos la mano, te toqué el brazo con los dedos.

Lamento no haberte mirado a los ojos.

5. Esta novela es documento notarial de lo que narra, a ser posible a pie de suceso.

El lector, que por definición es ignorante, sabrá dispensar que levante acta con retraso de lo que paso a relatar, a saber, cuando el otro día me vio en su coche por la calle y paró para llamarme.

El otro día también, por supuesto se trata de otro día, estábamos en casa, en la mía. Yo lo contemplaba desde un lado del sofá mientras él leía una revista. Sin levantar la vista del artículo, porque estaba leyendo un artículo, me tendió una mano en el aire para que yo la cogiera y juntas se depositaran en el azul índigo de la tapicería, donde quedaron custodiando mi mirada y su silencio.

El otro día también, pero de esto hablaré más adelante.

6. El beso

Aloysius me abraza por la cintura, yo lo tomo de la cintura con una mano y con la otra le sujeto la cabeza por detrás. Aloysius me ofrece la boca abierta, los ojos entornados. Voy al encuentro de su boca, las miradas se cruzan. El universo se detiene.

¿Qué pasa entre tanto? Entre mi boca y la suya transcurre un mundo, de la suya a la mía, la memoria de un mundo. Sus labios no se han cerrado y ya ha pasado una eternidad. Todavía no me he acercado y mis labios, a punto de besarte, hace siglos que te besaron. Mis labios, que no dejan de besarte, llaman a la puerta de tu boca desde hace siglos, los mismos que hace que no te beso desde la última vez que te besé hace un momento, cuando todavía no me había acercado.

7. El otro día, esto es lo que quedó por contar, llamaste por teléfono. Pensé que se te había perdido la nota con el número, otra cosa no quise pensar. Sabía que lo harías, eso es todo. Según me dijiste, estabas preparando la cena, más exactamente cortando la cebolla en el tablero, con el móvil, por tanto, entre el hombro y la oreja.

Llamaste para que nos viéramos. Me sorprendió que te sintieras temeroso, como si no fuera a aceptar, y que necesitaras de una para ti larga introducción, apenas dos frases para tantear mi disposición. Debo decir, pensé, que de ti no espero sino respeto y amor, conforme a tu naturaleza, y que por tanto me conmuevo sin motivo.

8. —Buenos días, ¿qué tal las Navidades? Me dijiste que había muerto tu suegro.

—Bueno, en realidad no era el padre de mi mujer, sino su abuelo. Así y todo, le ha afectado. Era un hombre muy mayor. De todas maneras, nunca es buen día para que pase eso. Y tú, ¿qué tal?

—Pues ya ves, lo de siempre. Hay poco que contar.

—Como todos.

Se me olvidó decir que, aparte de lo de siempre, estaba, estoy escribiendo esta historia novelada de la que todavía no tiene conocimiento. Se me olvidó o me mordí la lengua porque, aparte de lo de siempre, quise, estuve a punto de decirle que hago dos cosas, escribir y amarte.

—A ver si nos vemos un día y hablamos tranquilamente. Aquí no se puede.

—Sí, bueno, cuídate.

Aloysius, divino y la flor del mundo, si te perdiera, no pasaría nada, hallaría a otro igual de valioso que tú. Si me perdieras, dudo que dieras con alguien como yo.

9. Ayer, esta mañana, me he visto en una calle. Iba por el callejón del Gato, me parece, y me encontré conmigo a mi izquierda, de espaldas contra la pared, las manos en los bolsillos y una pierna recogida, como las grullas o los hampones. Llevaba un sombrero y tres o cuatro círculos negros en la garganta desde la barbilla hasta debajo de la nuez. Yo, el de la pared, me miraba pasar con ojos malévolos. Yo, el que pasaba, me miraba de reojo. Cuando quise volverme para preguntarle si era yo, ya no estaba.

10. En este universo que habito hay dos hombres que me sirven. Uno se ocupa de la casa, el otro hace de policía. Los dos me aman. Vienen recomendados por mi Padre, así que no he tenido más remedio que recibirlos. Mi casa, que, como dije, está llena de luz, rebosa también de alegría. Por cierto, el que vi el otro día en la calle del Gato no era yo, sino Áxel, de quien todavía no he hablado. Dice que el hombre se compone de carne, deseo y espíritu. Los dos hombres que me sirven hicieron la mili en el Sáhara entre el 57 y el 59, pero por lo visto todavía no se han licenciado.

11. El lector no se pregunta nada porque le da igual lo que yo diga. Pero para el supuesto, mera ficción, de que a alguien le importe, y de paso para evitar que nadie me denuncie ante la Inspec-

ción de Trabajo, debo aclarar que la relación entre esos hombres y yo no es, como cabría sospechar, de servidumbre y dominio, sino de mutua asignación. Ellos están asignados a mí y yo a ellos. Entre ellos y yo media el universo entero. El vínculo, por tanto, no puede ser más público y abierto.

Por otra parte, el amor que me dispensan es incondicional, no personal. Me amarían igual si fuera otro o de otra manera. Aman a quien sirven, así permanecen libres e inviolables.

De la misma manera, yo los amo en pago a su servicio. Así yo también quedo libre y exento.

Según parece, el amor es la única moneda de curso legal en el universo. Sucede como si uno tuviera una cuenta de crédito ilimitado sin tener que dar explicaciones ni devolver capital ni intereses siempre que no se deje de amar, caso en el cual la cuenta se bloquea irreparablemente.

Esos hombres, sépase, son los mismos con los que andaba de niño, cuando era feliz como una nube en el cielo o una mata de hierba.

12. *O sodales, ludite*

La canción se destina a dar consuelo al amante afligido, en torno a cuyo pecho abundan los suspiros. Amigos, bromead. Demos curso al amor y cauce a las lágrimas. Yo dispongo de lo uno y de lo otro. No dispongo, sin embargo, de alegría. Dispongo de amigos que, con su alegría, harán más cruda mi desdicha. Mas he aquí que he decidido no sufrir por amor, en orden a cuyo aserto me salgo del canto o carmen, y retorno gozoso a la novela.

Como ya habrá advertido el lector, recurso que me representa a mí, en esta obra está vedado el dolor. No hay margen para el sufrimiento (la cita que en su momento se hizo de Violeta Parra venía exigida por la rima). En efecto, Lotti, que soy yo cuando me llamo así, desconoce por decreto el dolor de amar. Cualquier manifestación penosa, no tolerada, será reconducida, constreñida y obligada a rendir culto y honra a su contrario. Queda prohibida

la tristeza. En celebración y cumplimiento de lo mandado, redactaré a continuación un artículo que lleva por título «Mi cuerpo, mi carne, mi sangre».

13. Parezco tonto, se diría que no sé hablar. Es el caso que busco una palabra que, reuniendo las palabras «amigo», «hermano», «compañero», «amante» y «amado», las diga todas y diga también el resultado mayor que la suma. Pues eso es lo que siento cuando te miro y te toco y te hablo y te huelo y te abrazo. Y eso repítelo por cada uno de todos vosotros, con los que estoy cada vez que estoy con cada uno. Estoy contigo cuando estás conmigo y cuando no estás. Soy tu aliento y tu respiración, tu mirada y tus ojos. Soy el espacio que va de ti a mí, soy el aire que te envuelve, el espíritu que te alimenta.

No sé cómo explicarlo. Soy tú más allá de ti, porque cuando digo tú digo yo, y digo vosotros y nosotros, y sucede que todos somos uno y distinto. Eres mi piel si me la quito y te la doy para que se la pongas, y yo me pongo la suya, y todos nos quedamos desnudos tiritando de amor. ¿Cómo se dice eso en el idioma de los que son y no son, y somos y dejamos de ser?

Dame la mano o la palabra, dime que me quieres o llámame por mi nombre, pues es lo mismo ser que decir, aquí y ahí, tú, nosotros y él. Ámame con palabras, tócame con tu aliento, bendíceme con tu mirada, en la fe de que yo hago lo mismo contigo cada vez que él lo hace con nosotros. Enséñame la palabra justa para decir «te quiero» sin ofenderte con la mentira del «tú», del «yo», del «nosotros», sin que nada quede fuera porque no hay fuera ni dentro, sino dentro y fuera a la vez, y a la vez es mentira lo que digo.

Amor mío, enséñame a quererte como conviene a quienes no somos, justamente porque somos tú, yo y él quienes somos.

14. Hoy he vuelto a la calle del Gato, pero Áxel no estaba. En su lugar había un camarero gordo del local de enfrente, con un cigarro en la mano. La última noticia que el lector tiene de que

hablara con él fue en un cruce de caminos en La Alcarria, cuando el viajero, sintiendo que el viaje llegaba a su fin, entendió que era el momento y el sitio adecuados para celebrar su particular aquelarre y se dispuso a proferir mi nombre en silencio.

No es así. La última vez que hablé con él fue hace unos días, cuando le pregunté por Aloysius, de bella ausencia.

Normalmente evita que me equivoque, me ayuda a resolver complicaciones que sin su concurso no se resolverían y de vez en cuando me sugiere ideas y pensamientos. Yo sé qué parte le debo en cada caso y procuro no retrasarme en mi débito de gratitud. Pero sé, lo confieso, muy poco de él, aparte de su nombre, que me fue inspirado al principio de conocernos. Así pues, ignorante autor, no sabes quién soy ni por qué estoy contigo ni qué espero de ti.

15. Un drávida de la India me pidió que le ayudara a bajar una maleta por las escaleras de un pasillo en el metro. La maleta hacía el tamaño de dos o tres. La cogí por debajo, con la izquierda, de una pata, y él del asa por delante. Bajamos dos escalones y el pie de plástico se me resbaló o se rompió. La maleta empezó a rodar escaleras abajo. El hombre acabó soltándola también. La maleta no reventó porque no estaba que reventara. Menos el asa, todo lo demás saltó. El indio me recordó que me había avisado de lo mucho que pesaba. Yo le repliqué que mirase a ver si podía arreglar el eje de las ruedas, que se había salido de un lado. El maletón no rodaba, arrastraba. Cuando nos cruzamos de nuevo en el andén, le dejé encima de una papelera la pieza que se me había quedado en la mano. Murmuré de pasada «Lo siento» y oí como la tiraba a la basura. Antes de eso y después de un amago de enfado o de rabia, me dio las gracias, supongo que por ayudarle a bajar la maleta, al tiempo que la arrastraba.

Uno de los hombres que me sirven, el más noble, se hirió entre las zarzas una vez que quiso ofrecerme moras. Yo le lamí la herida. Le limpié la sangre con mi lengua y le curé con mi saliva. Me pidió un beso y se lo di. Me pidió otro y se lo di. Me pidió otro y

lo desvié a su compañero, que a menos del aire de su boca lo sujetaba por los brazos. Entre espasmos por besarme en él sin besarlo, absorto y tembloroso, no cesaba de repetir «¡Cuánto lo amo!». Yo, que estaba a su lado, no sentía nada.

16. Plegaria

Cuando recéis no hagáis como los fariseos. De sobra sabe vuestro Padre de qué carecéis. Sea vuestra oración: «Padre nuestro, que estás en los cielos».

Pero yo no sé quién es mi padre, si el que está en los cielos o yo mismo, puesto que soy hijo de mis actos.

Haré como cuando era niño y creía en el poder de la petición. Diré: «Queridos Reyes Magos, ya que a pesar de mí soy bueno, llevad esta carta a Aloysius y, postrados ante él, adorándolo, ofrecedle todo el oro y el incienso y la mirra que hay en mi corazón y rogadle en mi nombre que vuelva. Y lo mismo que entonces, iros derechos a vuestras casas, que no lo sepa Herodes, para que todo se cumpla».